



## Pedro Ortiz, una visión personal.

Pedro Ortiz, a personal view.

Paolo Wong Chero<sup>A</sup>

Cuando al fin me hallé cómodo pude prestar atención a lo que el señor de adelante hablaba. Nada en especial, créditos, normas, joven siéntese bien, ya comenzábamos. Era difícil estar cómodo en estos asientos tan duros, me distraje otra vez. Mis compañeros ya habían pasado de los tímidos susurros a gritos descarados acerca de cómo les fue en las vacaciones y otros temas banales, eso sí, todos muy puntuales, era el primer día de un nuevo año en la facultad. El señor de adelante seguía hablando y yo miraba el techo, mis pies inquietos, la puerta de vidrio, veía a San Fernando vivir afuera, sin espasmos, como siempre. Por aquellos días en Lima se vivía un ambiente de verano huyente pero aún tibio, tranquilo. Ya eran varios años en que los sobresaltos se habían alejado de nuestras aulas y, con los matices obligatorios que le da San Marcos a la vida universitaria, el clima que se respiraba era de estudio y relativa paz. *Años pálidos*, pensaba. De pronto, al volver mi mente al aula, me encontré con que alguien llegaba. Las ocho en punto. Era una figura estirada, de pasos lentos, medio tristes, que aparecía bajo el umbral de la puerta del auditorio. El señor de adelante apretó la voz y anunció que esta primera clase la iba a dar aquél profesor, buenos días doctor Ortiz, luego concluyó con los prolegómenos administrativos y cedió el turno con premura y respeto al conferencista principal. Sobrio pero siempre sonriente, don Pedro, impecable terno gris, cabello cano peinado hacia el costado, corbata celeste, saludó e inició su clase. Buen día con todos. Pedro Ortiz, me suena, claro, el del libro. Por supuesto que sabíamos de él, pero no estoy seguro si sabíamos *quién* era.

No sé si todos lo oyeron con la misma intensidad, pero yo siempre puse especial interés por las charlas inaugurales y, en esa, escuché cosas que debieron decirnos mucho tiempo antes. Alisé el ceño, el del costado dormitaba, un par por ahí escribía.

Al oírle, creo que poco a poco fuimos descubriendo nuestra verdadera realidad ahí sentados. Sabíamos disecar un cadáver, descerebrar un sapo, intoxicar una rata, pero en realidad no sabíamos nada. Confieso que lo entendí mucho después. Ninguno de nosotros se había puesto a pensar en las ideas que secuencialmente nos transmitía Ortiz, en cómo conceptualizarnos y en cómo definir nuestro verdadero objeto de estudio, *sujeto* de estudio en realidad. Nadie nos había dicho con tal maestría qué era un ser humano, cómo piensa, cómo siente, cómo se enferma, cuál es la esencia de la medicina, de la educación, de la educación en medicina. ¡Y llevábamos media carrera encima! Con un discurso pausado, en voz ronca, don Pedro nos hablaba de los porqués, cómo, paraqués y de esos *quiénes* que todo médico tarde o temprano necesita escuchar para formarse como tal. Lo hacía con autoridad y gran conocimiento, pero con la humildísima actitud de sostener el micrófono con las dos manos. Era de adivinarse que no estábamos frente a un catedrático cualquiera. Luego comprendí que en realidad don Pedro tenía muchas otras cosas más de qué hablarnos y de qué escribirnos.

De ahí en adelante, escuchar al profesor Ortiz se volvió un hecho relativamente frecuente en mi carrera. De colados siempre, o casi siempre, en seminarios, conferencias o simposios, mis amigos y yo fuimos desarrollando cada vez más admiración por él, por su mensaje, porque creíamos que ya lo íbamos entendiendo. Harán falta lecturas para eso, pues Pedro Ortiz, siendo una persona sencilla y clara, suele referirse a temas realmente complejos.

En sus diversas publicaciones, confieso leídas con poco éxito inicial de mi parte, se percibe un claro propósito integrador: obra científica y humanística a la vez. Entre muchas otras cosas, resalta la importancia de la integridad. La integridad del científico, la integridad del educador, de las instituciones, del ser humano; sugiere nuevas interpretaciones acerca del valor moral y de las fuentes mismas del valor, nos habla de la fragilidad de muchos paradigmas, de la espontaneidad y la responsabilidad, pero sobre todo, desenmaraña y explica con profundo conocimiento y genuinidad el desarrollo humano y social, en sus palabras, el desarrollo de una *personalidad*. Para esto, Pedro Ortiz ha construido toda una teoría personal acerca de la naturaleza de la sociedad, la conciencia y la personalidad, gracias a la cual es posible redefinir conceptos esenciales como los de vida e información. En síntesis, la teoría publicada en "*El Sistema de la Personalidad*" (1994) es una nueva visión de cómo ha ido evolucionando la información a través de los sistemas vivos, desde la formación de la vida misma y la información biológica, hasta la aparición del hombre, con su neocórtex, y la sociedad creada por éste, con características especiales, diferentes a las manadas u otro tipo de colectivos previos, que determinó un nuevo tipo de información existente por fuera de los individuos, en la sociedad, a la que denominó *información social*. Esta información resulta un elemento clave para el desarrollo de cada individuo, pues estructurará de manera gradual su conciencia y lo convertirá en una *personalidad*. Esa interesante interacción resulta más compleja de lo que han sugerido otros autores, ya que suma factores más allá de lo genético y lo epigenético. Gracias a la información social, Pedro Ortiz nos enseña quién es y quién debería ser el hombre. Y sugiere el cómo llegar a serlo.

En un sentido más literario que literal, me atrevo a decir que la teoría nos permite desempolvar un peldaño más de la escalera de la evolución y ver con mayor claridad cuál es nuestra verdadera ubicación en el universo con respecto al resto de sistemas biológicos. Ninguna otra teoría acerca del desarrollo de la personalidad ha tomado en cuenta las variables que el ilustre profesor sanmarquino describe en cada uno de sus libros.

(A) Laboratorio de Epidemiología Molecular y Genética, Instituto de Medicina Tropical, Facultad de Medicina, Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM).

Correspondencia a Paolo Wong: [pwongc@epiredperu.net](mailto:pwongc@epiredperu.net)

Recibido el 30 de abril de 2011.

Cita sugerida: Wong P. Pedro Ortiz, una visión personal. *Rev peru epidemiol* 2011;15(1) [2 pp.]

Como consecuencia, este enfoque tiene (y tendrá) implicancias en muchas áreas del saber incluso más allá de la medicina o las neurociencias. Ha permitido, por poner un ejemplo, identificar algunas de las razones por las que la educación, o algún modelo educativo, puede llegar a tener éxito o fracasar rotundamente. Los educadores ven con entusiasmo la teoría acerca del desarrollo formativo de la personalidad sugerida por Ortiz, como una gran herramienta para mejorar el cómo se enseña, el qué se enseña, pero, sobre todo, para comprender a *quién* se enseña. Pequeño gran detalle. Quizá por esto es que los mayores reconocimientos hacia don Pedro han venido de manos de educadores, más que de sus propios colegas.

Médicos, psicólogos, antropólogos, educadores, científicos, filósofos, sociólogos, todos ellos constituyen el auditorio para el cual los aportes de Ortiz representan, cuanto menos, ricos elementos de discusión. Entre ellos están sus principales discípulos y sus más cariñosos detractores.

Definitivamente, y cómo se habrán podido dar cuenta, quien suscribe no es el más indicado para explicar con elocuencia la teoría de Pedro Ortiz Cabanillas, por lo que me remito más a brindar, en un sentido testimonio, mi experiencia personal, diría lejana, con el recordado maestro. Esa experiencia que, con sólo algunos intercambios de palabras, dio por saldada toda deficiencia material o docente que encontré en San Marcos.

Has leído mis libros. Bueno sí algunos. Me alegro, cuáles. Era ya el preludio a mi graduación y sentí que mi respuesta era insuficiente. Conversaba con él en su acogedora casa, en Santa Catalina, para que me dé algunos datos de su vida con el fin de reseñarla en la ceremonia de titulación de mi promoción. Unas gaseosas con hielo, la luz de la sala que atraía algunos insectos del jardín que se golpeaban contra el vidrio de la mampara. Cuando llegué a Trujillo tenía la idea de ser físico, como Einstein, como Bohr, mi generación fue muy influenciada por los nuevos conocimientos de esta ciencia básica, por el átomo, luego pensé en la medicina, ya lo venía haciendo, no lo decidí en la cola del examen como reseñó un buen amigo mío, pero casi, más tarde vino San Marcos y la neurología, aunque primero anduve considerando ser psiquiatra. Noté a don Pedro entusiasmado, los recuerdos de la infancia, el evocar al abuelo maestro, su paso por la cátedra de neuroanatomía de San Fernando, el orgullo por su primer tesista navegando a Cambridge, el tiempo en Inglaterra, los años en su querido Hospital del Empleado y los tantos chiquillos de San Marcos que ahora son grandes profesionales, todo eso era alimento para su alma.

Hay cosas que no están escritas, verdad don Pedro. Claro, sobre todo los momentos no tan buenos, curiosamente aquéllos que tuvieron que ver algo con la política, con los partidos que metían a sus preferidos en las listas, con acusaciones, pero para mí, cada experiencia fue importante. No me lo imaginaba protestando don Pedro. No –sonrió–, si de alumno fui muy tranquilo, pero años más, sentí la necesidad de contribuir con mis instituciones, con mi sociedad, conmigo mismo, pensé que la política gremial era el medio, verás que las fechas coinciden, después me volví a mis proyectos, a mis libros. *Agua para el pez*, pensé.

Después de setenta y cuatro años de haber nacido en Celendín y de casi cincuenta como catedrático, don Pedro, con toga y birrete, se hallaba sentado frente a unas mil personas que aplaudían la

graduación de una promoción sanfernandina más. Sabía que el numeroso y selecto auditorio no le era ajeno, ya en la ceremonia de entrega de las Palmas Magisteriales que lo reconocía como Amauta, o en el Premio José Antonio Encinas del magisterio, había recibido de similar público los honores. Pero esta ocasión era diferente, pues se encontraba en la ceremonia de la primera promoción médica que llevaría su nombre. Este acontecimiento, sin ánimos de presunción, creo que tuvo un significado especial para él. Semanas antes, cuando se lo comunicamos directamente, noté en su rostro una sincera y emotiva sonrisa al oír las inteligentes palabras de un compañero mío que le dijo que no habíamos encontrado mejor manera de resumir nuestro paso por la universidad que *su nombre*. La gratitud es una respuesta consustancial a tantos años de dedicación y tardes de inspiración, don Pedro.

Recuerdo que cuando ingresé a la facultad recibí un libro de Pedro Ortiz, algo así como un regalo de bienvenida por parte de mis amigos de años mayores. Mi última clase en San Fernando la escuché de él. Cuando me recibí de médico, pusieron en mis manos otra obra con la firma de Ortiz, el Código de Ética. El siguiente gran paso en mi desarrollo personal también ha de ser inaugurado con palabras suyas, lo intuyo. Ya debo redondear la idea.

En el mundo, a pesar de lo autodestructivo de nuestra raza y de su pésima relación con su entorno, existe mucha gente buena. Creo que es posible hablar de una selecta constelación de personas productivas, que contribuyen al desarrollo de sus pueblos, sus familias o de sus propios seres, aquellos a quienes la sociedad podría llamar hombres de bien, soldados anónimos en la guerra contra la inanición intelectual o espiritual. Los hay, pero identificarlos, toparse con ellos, o siquiera sospecharlo, puede nunca pasar en toda una vida. Cuando sucede, lo mínimo por hacer es agradecer. Eso intento al escribir estas líneas. Lo haría en algunas páginas más, pero he aprendido que los editores pueden ser crueles.

Ahora, llegada la hora de finalizar, sólo aguarda recibir los golpeadores vientos de aquella tormenta que significa la muerte con la frente a lo alto, la conciencia limpia y los cabellos flameando, aquéllos que cayeron sólo después de dar dura batalla contra el cáncer, aquéllos que siempre recordaremos como evidencia del tiempo dedicado y como señal material de lo inmaterial, de todo lo que se ha aprendido y que ha quedado impregnado en nuestras mentes y almas como vivos recuerdos. La muerte será una experiencia más que contar, un libro más que escribir, un problema más del que aprender, un reto más al que enfrentar; uno para el cual, no me cabe duda, sé que está preparado. Y es que ante el embate, don Pedro, no hay mejor arma para el intelectual que la obra dejada en vida, escrita para hablar de las experiencias buenas, de los errores cometidos y de los amigos ganados. Las reflexiones ahí entintadas forjarán caracteres, evitarán equivocaciones innecesarias y propiciarán nuevas travesías intelectuales que se escribirán en nuevas obras. Pero, más allá de lo escrito, queda en quienes lo conocimos la gran obra de su existencia misma, de la gigantesca humildad que caracteriza a los grandes, del vivo ejemplo, propagándose sin hallar fin, inspirando. Hablo del sutil aleteo que puede propiciar grandes tornados, de esas cosas que hacen que ciertas personas nunca mueran, que se mantengan reverberantes en el aire como el eco de una voz sabia o el cálido aroma de una flor que siempre vence al frío de una lápida. De hombres buenos, de maestros que son no sólo faros, sino caminos.

\*\*\*\*\*